JULIÁN MEZA

La rutina, el juego y el tiempo del mundo

HACIA 1950 LUCIEN Febvre le pidió a Fernand Braudel que lo acompañara en una aventura intelectual: escribir la historia de la civilización material, la economía, el capitalismo, los pensamientos y las creencias de Occidente, en el periodo que va del siglo XV al XVIII. Febvre se instalaría en el campo de las ideas y las creencias; Braudel, en el de la civilización material, la economía y el capitalismo. Febvre murió antes de emprender la aventura, con lo cual nos privó de una obra que tal vez habría sido notable. Solo, Braudel se dio a la tarea de explorar una tierra ignota y, veinte años después, terminó una obra de la que al menos los historiadores no pueden prescindir.*

Sin aspirar a una síntesis, tan imposible como necia, de *Civilización material, economía y capitalismo*, he aquí unas reflexiones que se derivan de su lectura.

Historia y práctica económica

Frente al mundo de las ideas económicas Braudel es contundente: no existe la economía en sí. Su búsqueda de las economías se despliega, por ello, en el espacio de los intercambios donde prácticamente se construyen. Debido, en consecuencia, a que esta búsqueda apenas se inicia, pues ha sido frenada en gran medida por la creencia en una economía en sí, la llamada historia económica, a juicio de Braudel, no hace mucho que ha empezado a construirse. Es lamentable que así haya sido hasta ahora, sobre todo si se piensa que, desde cierto punto

* Además de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Escritos sobre la historia, *El Mediterráneo*, *Europa* y *La identidad de Francia* (por aparecer), Braudel nos legó *Civilización material, economía y capitalismo*, en 3 volúmenes: "Las estructuras de lo cotidiano", "Los juegos del intercambio" y "El tiempo del mundo".

de vista, se trata de la historia entera de los hombres. Es la historia de los grandes actores, los grandes acontecimientos, la coyuntura y la crisis. Es también la historia masiva y estructural, que evoluciona lentamente al filo de la larga duración, con sus equilibrios y desequilibrios profundos, y que es precisamente el objeto de la reflexión de Braudel.

Pero ¿a qué se debe, además, el hecho de que sólo ahora se esté construyendo esa historia? Braudel piensa que, en buena medida, a los perjuicios; a que se trata de una historia plebeya, sin título nobiliario. Tal vez también a que, al menos en parte, sobre todo en países como México, todavía somos prisioneros de la rigidez, la inercia y la lentitud propias de esa economía aún elemental que coexistió con los movimientos limitados y minoritarios, aunque vivos y poderosos, del crecimiento moderno en tiempos de la economía preindustrial (siglos XV a XVIII), en los que es posible observar, por un lado, a campesinos casi autónomos o cuasiautárquicos y, por el otro, a una economía de mercado y a un capitalismo en expansión que sólo se explican mutuamente y por sus vínculos con las estructuras de lo cotidiano.

1. Las estructuras de lo cotidiano

Al penetrar en el mundo de lo cotidiano, Braudel observa las inercias de una historia a primera vista oscura, situada fuera de la conciencia clara de los hombres. Vista así, la vida cotidiana aparece como un inconsciente mecánico donde se alojan los hábitos o, mejor aún, la rutina; donde florecen y se acaban mil gestos de los que apenas nos damos cuenta; donde hay incitaciones, pulsiones, modelos, maneras, obligaciones para actuar que, a veces, proceden del fondo de los tiempos. Ciertamente, también hay osadías, riesgos, cambios, aventuras e inventos. Pero pesa más esa historia mediocre vivida, sin edad, que todavía hoy, en ciertos lugares y momentos, es posible observar cuando se procede a la manera de Braudel: como explorador, al margen de las turbias, convencionales y caprichosas maneras que se adoptan, por ejemplo, para mirar sin ver la vida cotidiana en México.

Braudel inicia su recorrido por lo cotidiano con el número, ligado a la demografía. En su opinión, es el poder biológico el que guía los destinos de los individuos, sin que estos se den cuenta. El juego demográfico tiende, es verdad, al equilibrio, pero éste raramente se alcanza: siempre somos demasiado numerosos o demasiado pocos.

¿Qué ha hecho entonces el hombre para sobrevivir a las pestes, a las enfermedades, a los cataclismos, a las guerras, a la falta de higie-

ne? ¿Realmente ha hecho algo para poder sortear todos estos peligros? ¿O ha sido el poder biológico el que le ha permitido sobrevivir y multiplicarse?

Sin higiene, sin medicina moderna, China duplicó su población al igual que Europa en el transcurso del siglo XIX. Con frecuencia el hambre es, en América Latina, un factor que incrementa los índices demográficos.

Más que responder a una pregunta, Braudel hace surgir interrogantes a propósito de una cotidianeidad (el número de hombres).

En otro tipo de reflexiones sobre la historia de los hombres estos son, a lo sumo, factores de la producción, fuerzas productivas que no comen ni beben ni se excitan con alcoholes, cafeínas o nicotinas. Pero *Der Mensch ist was er isst* (el hombre es lo que come). Y por esto mismo la aparición de los alimentos no es sólo una anécdota. Es todo un descubrimiento. De la elección de un cereal deriva toda una civilización. Se puede afirmar con justicia, en efecto, que Europa es el trigo, Asia es el arroz y América es el maíz.

Intimamente vinculados a la elección del alimento están el vestido, el alojamiento y el mobiliario que, por otro lado, guardan estrecha relación con la técnica.

Sin ciencia (por lo menos como la entendemos ahora), el hombre hizo técnica; durante milenios trabajó la piedra, la madera, el hierro. El hombre comenzó a hacer muchas cosas antes de sistematizarlas y perfeccionarlas. ¿Por qué hoy ocurre lo contrario? ¿Por qué hoy el hombre no hace prácticamente nada que escape a una repetición avalada por alguna teoría? ¿Cuándo y por qué se produjo una inversión en los criterios que guiaban las actividades de los hombres? Tal vez la monotonía, la rutina y la búsqueda de comodidad señalen el camino a las posibles respuestas a estas preguntas.

El cuadro de la vida cotidiana que con todo detalle pinta Braudel en *Las estructuras de lo cotidiano* se completa con la inmemorial cotidianeidad y, a la vez, con la más reciente modernidad de monedas y ciudades.

Braudel necesitó más de veinte años para llegar a la meta que se había fijado en vida de Febvre. ¿Cuántos años habrán de transcurrir antes que se empiecen a generar los efectos de su lectura? El conformismo y la rutina hacen temer, no sin razón, que todavía pasará algún tiempo antes que su percepción de la realidad sustituya los esquemas en los que, sin darse cuenta, se ahogan muchos de nuestros historiadores, pues el primer volumen de esta obra monumental circulaba en español ya en 1974. Contra la rutina y la monotonía tal vez algún día

logre abrir brecha Fernand Braudel, historiador de la rutina y la monotonía.

2. Los juegos del intercambio

Entre 1400 y 1800 existe una muy imperfecta economía de intercambio, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y de la que muy lentamente emerge la economía de mercado. Por lo tanto, constituye una auténtica arbitrariedad reducir la historia económica a la economía de mercado. Es cierto que el intercambio es la vida económica, pero ésta no se puede reducir a una sola forma de intercambio, de la misma manera que no se puede homologar la economía de mercado con el capitalismo. Tampoco, por otro lado, se puede confundir el uso (o valor de uso, si se quiere) de los productos con una categoría económica, ya que el uso es del dominio de la vida material.

El mercado no es, por lo tanto, una categoría económica invariable y aún hoy, en 1986, podemos y debemos preguntarnos, por ejemplo, ¿qué características presenta el mercado en un país en el que, como México, todavía hay buhoneros, pregoneros, tenderos y mercados y ferias de pueblo hasta una o dos veces por semana?, aun cuando estas formas de intercambio coexisten con el complicado y sofisticado juego de las acciones que se venden y revenden sin que se las posea de acuerdo con los modernos procedimientos de ventas a plazo o con prima.

A partir del siglo XVIII, que es un siglo de aceleración económica en Europa, la economía de mercado crece sin cesar (tiendas y mercados urbanos llegan incluso a los pueblos, los buhoneros multiplican sus actividades y se desarrolla el *private market* —es decir, el mercado de las compras directas, a menudo anticipadas, a los productores, y el de las compras a los campesinos, fuera del mercado, de lana, trigo, telas—, por oposición al *public market*, vigilado por autoridades urbanas altaneras), pero su crecimiento no se generaliza ni mecánica ni automáticamente. Dentro de la misma Europa cada país tiene sus regiones marginales frente a esta economía: Beaucaire en Francia, los Alpes y el Mezzogiorno en Italia, los Balcanes, Polonia, Rusia y, por supuesto, el Nuevo Mundo que, todavía hoy, mantiene otro tipo de economías en muchas regiones. Esto es obvio en el caso de México, pero es evidente sobre todo en Guatemala, El Salvador, Honduras, Bolivia, etc. Ciertamente, en su obra Braudel habla sobre todo de Europa, y no sin razón, pues el oficio de historiador se desarrolló en Europa, y de aquí que los historiadores europeos se hallen, por lo tanto, ligados naturalmente a su propio pasado. Pero nada de esto anula otras historias, como la de América Latina, de las que

Braudel habla aun con mayor conocimiento de causa que muchos historiadores locales; sabe perfectamente que aun cuando, comparada con otras economías, la europea parece deber su desarrollo a la superioridad de sus instrumentos e instituciones (bolsas, diversas formas de crédito), todos los mecanismos y artificios del intercambio se encuentran fuera de Europa, desarrollados y utilizados en diferentes niveles.

En esta obra rebotante de ideas se escribe sobre el capitalismo no para execrarlo, sino para observarlo atentamente, sin vergüenza y sin actitudes maniqueas. Por primera vez no asistimos a un enfrentamiento entre los buenos y los malos, sino a una confrontación entre lo que se hace y lo que no se hace, entre lo posible y lo imposible, entre lo cotidiano y lo inesperado, entre los inventos y las reacciones contra los inventos. Y precisamente por esto no hay lucha de clase sino intercambios, grandes o pequeños, que no son teleológicamente gobernados. Del siglo XV al siglo XVIII es posible observar en Europa un enorme sector de autoconsumo ajeno a los intercambios que, por su parte, existen gracias a una economía de mercado y a un capitalismo que maneja a esa misma economía que es, a la vez, su condición previa. Visto así, el capitalismo es para Braudel una realidad del Antiguo Régimen, que no traduce un nivel superior, brillante y sofisticado, que no abarca al conjunto de la vida económica y que no crea un "modo de producción" propio que tienda por sí mismo a generalizarse.

Un error frecuente entre los historiadores de la economía consiste en creer que todo es economía de mercado (precios del mercado con sus altas, sus bajas, sus crisis), en reducirlo todo a economía de mercado. O bien, en privilegiar a tal punto esta economía que se olvidan absolutamente de la producción y el consumo y, también, de que esta economía *únicamente* pone en relación a la producción con el consumo. Al proceder así se dejan de lado, en beneficio de la economía de mercado y el intercambio, pero no de la realidad, la vida material y el capitalismo. Además de la economía de mercado existe la masa profunda de la vida material a la que llegan a tocar los precios del mercado, pero no la penetran ni la arrastran siempre. No tomar en cuenta esto implica hacer de la historia económica algo terriblemente incompleto. Es verdad que del siglo XV al XVIII existe una economía de mercado a escala planetaria. Planetaria, pues, pero no absoluta: existe por doquier, pero sin absorber todo lo que existe.

Hay muchas cosas que han hecho cambiar o han falseado al mercado. Por ejemplo: los precios, que pueden ser arbitrariamente fijados por los monopolios de hecho o de derecho.

Se puede creer, como Braudel, en las virtudes y en la importan-

cia de una economía de mercado, pero no se puede creer en la exclusividad de su dominio.

Entre los siglos XV y XVIII hay ciertos procesos que no se pueden incluir dentro de la economía de mercado. Para describirlos, Braudel utiliza esa palabra desacreditada: capitalismo.

La revolución industrial se anuncia mucho antes del siglo XVIII y, aunque el uso de la palabra capitalismo es reciente (Werner Sombart, 1902), el capitalismo existía desde antes. Un terrible ejemplo de este capitalismo son los países que hoy tratan de realizar, infructuosamente, su revolución industrial. No existe una ruptura total ni una discontinuidad absoluta entre el pasado —aun lejano— y el presente.

La palabra capitalismo recibe su sentido de las dos palabras que lo subtienden: capital y capitalista.

Si el capital no es otra cosa que masa de medios sin cesar puestos en obra, y el capitalista el hombre que preside o trata de presidir la inserción del capital en el proceso de producción al que están condenadas todas las sociedades, el capitalismo es, en suma, la manera como es conducido, con fines poco altruistas, ese juego de inserción. Pero la palabra clave es la palabra capital (que en los estudios de los economistas se ha convertido en bienes de capital), dado que no sólo designa las acumulaciones de dinero, sino también los resultados utilizados y utilizables de cualquier trabajo llevado a cabo con anterioridad. Los bienes de capital, en cambio, no merecen este nombre más que cuando participan en el progreso renovado de la producción. Y por esto mismo no existe una sola sociedad que no haya acumulado ni acumule bienes de capital, que no los utilice regularmente en su trabajo, los reconstituya y los haga fructificar. Es evidente, entonces la existencia del capitalismo sin que exista, al mismo tiempo, una economía de mercado. Pero, ¿cómo distinguir entre el capitalismo y la economía de mercado?

No es posible una distinción perentoria, pues existen por lo menos dos formas de economía de mercado. Una de ellas es la que Braudel llama transparente. En ella están presentes los intercambios cotidianos del mercado, los tráficos locales o de corta distancia y, a más larga distancia, los regulares y previsibles, de donde emerge, precisamente, el proceso capitalista. También están aquí presentes, es obvio, el productor, el intermediario y el cliente. Y es precisamente a través del intermediario como se cede un poco el lugar a la otra economía, es decir, a la economía no transparente, en la que la competencia casi no existe. Pero la economía no transparente también puede ser el resultado de una hambruna, por ejemplo.

En el siglo XV el comercio interior de Portugal, observado en

su masa y en su valor monetario supuesto, es superior al comercio de la pimienta y de las especias, pero se halla bajo el signo del trueque, del valor de uso. En cambio el otro se liga a la economía monetaria y permite una gran acumulación de capital que hará surgir a los grandes negociantes separados de la masa de mercaderes. El capitalismo no es, resulta evidente, el mundo de la producción, sino el de las letras de cambio, los banqueros, etc.

El mundo de la mercancía era un mundo muy jerarquizado, que iba de los oficios más humildes a los negociantes, pasando por los tenderos, los cajeros, los corredores, los usureros. Pero la división del trabajo, o especialización, o modernización que afecta a toda la sociedad, no afecta a su cima: los negociantes-capitalistas. Hasta el siglo XIX el comerciante de altos vuelos jamás se limitó a una sola actividad. No era comerciante en una sola rama y era, en cambio, al mismo tiempo y según las ocasiones, armador, asegurador, prestamista, prestatario, financiero, banquero y aun empresario industrial o explotador agrícola. No fue necesario esperar, es evidente, la fusión del capital industrial con el bancario para llegar al capital financiero y al imperialismo. Por lo visto, los imperialistas siempre han existido.

Por otra parte, no es verdad que el comerciante haya dividido sus actividades entre diversos sectores para limitar sus riesgos. No se diversificó. Braudel piensa que el comerciante no se especializa simplemente porque ninguna rama de actividad a su alcance es suficiente para absorber toda su actividad. Contra lo que se cree, en tiempos pasados no escaseaban los capitales. Así, los comerciantes compraban la tierra para explotarla, o tentados por especulaciones inmobiliarias urbanas, o debido a prudentes aunque repetidas incursiones en la industria, o atraídos por especulaciones mineras. Salvo excepciones, no se interesaban en el sistema de producción, sino en el trabajo a domicilio. Por todo esto, hasta el siglo XIX las manufacturas no son más que una pequeña parte de la producción. El gran comerciante cambia a menudo de actividad porque la ganancia cambia de sector. El capitalismo es de esencia coyuntural. Todavía hoy una de sus grandes fuerzas es su capacidad de adaptación y de reconversión. Sería inútil pensar en un capitalismo que hipotecara su existencia a sus reservas petrolíferas o cerealeras.

Sólo una especialización tuvo a veces tendencia a manifestarse: el comercio del dinero. Pero antes de 1830-1860 su éxito jamás duró mucho tiempo. Tal vez el edificio económico no podía nutrirlo suficientemente. El capitalismo financiero no triunfa sino hasta el siglo XIX, cuando la banca somete a la industria y el comercio, y la economía adquiere el rigor necesario para sostener a esta construcción.

En resumen, hay dos tipos de intercambio. Hay uno que se

efectúa terrenalmente, es transparente y competitivo. El otro, en cambio, es superior, sofisticado y dominante. Y no son ni los mismos mecanismos ni los mismos agentes los que rigen a estos dos tipos de actividad. La esfera del capitalismo se sitúa en el interior del segundo tipo de intercambios.

Ciertamente, hay un capitalismo pueblerino y aun un microcapitalismo de tenderos, pero es en la cima de la sociedad en donde el capitalismo se despliega, afirma su fuerza y se muestra a nuestros ojos. El capitalismo se aloja en casa de Bardi en el siglo XIV, o en casa de Jacques Coeur, Jacob Fugger, John Law y Necker.

Si con mucha frecuencia no se distingue al capitalismo de la economía de mercado se debe a que los dos han progresado al mismo paso y a que, equivocadamente, a menudo se ha presentado al capitalismo como el motor del progreso económico (Marx). En realidad, todo el peso ha recaído sobre la espalda de la vida material. Cuando ésta crece todo prospera. La economía de mercado también crece rápidamente a sus expensas y extiende sus nexos. El capitalismo, por su parte, siempre se beneficia con esta extensión. Schumpeter se equivoca cuando dice que el empresario es el *deus ex machina*. Si hay algo determinante es el movimiento de conjunto y el capitalismo existe a la medida de las economías sobre las cuales se asienta.

Aun cuando es el privilegio de unos cuantos, el capitalismo es, sin embargo, impensable sin la complicidad activa de la sociedad. Forzosamente, es una realidad del orden social, del orden político y aun de la civilización, pues es preciso que, de cierta manera, la sociedad entera acepte más o menos concientemente sus valores —aunque no ocurre así siempre, al menos en su periferia.

3. *El tiempo del mundo*

Todas las sociedades se descomponen en múltiples “conjuntos” económicos, políticos, culturales y social-jerárquicos. Ningún conjunto se comprende sin sus nexos (acción, interacción) con los otros. Esa forma particular y parcial de la economía que es el capitalismo sólo se explica en sus relaciones con los otros “conjuntos”. Así, el Estado moderno, que no hizo al capitalismo sino que lo heredó, a veces lo favorece, a veces lo desfavorece, a veces lo deja extenderse, a veces lo bloquea. Pero lo que sí es verdad es que el capitalismo sólo triunfó cuando se alió con el Estado. Desde este punto de vista su primera gran fase la cubren las ciudades-Estado de Italia: Venecia, Génova y Florencia. Después vino Holanda, en el siglo XVII. Siguió a este país Inglaterra, a partir de la revolución de 1688. Francia tuvo su momento en 1830.

El Estado es hostil o favorable al mundo del dinero de acuerdo con su propio equilibrio y su fuerza de resistencia. Lo mismo ocurre con la cultura y la religión. Al principio, la religión le dijo no a las novedades del mercado, el dinero, la especulación y la usura. Después, acabó por decirles sí. No son pocos los escritores y los pintores que, en el siglo XX, en México, le han dicho sí al Estado como manera de decirle sí al dinero.

Desde el punto de vista de Braudel es falso, por lo tanto, que el capitalismo haya sido creación del protestantismo o aun del puritanismo (Max Weber). Los países del norte no hicieron otra cosa que ocupar el lugar brillantemente ocupado durante mucho tiempo antes que ellos por los viejos centros capitalistas del Mediterráneo. Además, no inventaron nada ni en la técnica ni en el manejo de los negocios. Así, Amsterdam copió a Venecia, Londres copió a Amsterdam, Nueva York copió a Londres y México no copiará a Nueva York.

Lo que está en juego cada vez es el desplazamiento del centro de gravedad de la economía mundial. Y esto por razones económicas que no afectan a la naturaleza propia o secreta del capitalismo: las finanzas, el tiempo del mundo. En cada momento hay un país nuevo que triunfa sobre un país viejo y hay también un vasto cambio de escala, como el que se produce, hacia fines del siglo XVI, al pasar del Mediterráneo al Atlántico. También se puede percibir en cada ocasión un ensanchamiento de la economía en general, de los intercambios del *stock* monetario. Pero es el progreso de la economía de mercado la que, fiel a la cita en Amsterdam, soportará sobre sus hombros las construcciones amplificadas del capitalismo (las finanzas).

El error de Weber deriva del hecho de haber exagerado el papel del capitalismo como promotor del mundo moderno. Pero el problema esencial no es éste. La verdadera suerte del capitalismo se juega frente a las jerarquías sociales.

Cualquier sociedad evolucionada admite varias jerarquías dispuestas a abandonar la planta baja donde vegeta el pueblo. Por esto existen diversas jerarquías religiosas, políticas, militares, monetarias. De una a otra hay, según los siglos y los lugares, oposiciones, compromisos, alianzas y a veces aun confusión. En el siglo XIII, en Roma, la jerarquía religiosa y la política se confunden, al mismo tiempo que en torno a la ciudad, gracias a la tierra y a los rebaños, nacen los grandes señores, y dentro de la ciudad los banqueros de la curia ascienden muy alto dentro de la jerarquía. En Florencia, a fines del siglo XIV, la antigua nobleza feudal y la nueva gran burguesía no se distinguen. Contrariamente a lo que ocurrió en Roma y Florencia, durante mucho tiempo la Francia del Antiguo Régimen no asignó a

los comerciantes, aun cuando eran ricos, más que un papel sin prestigio frente al rey y la corte.

Hay tantas formas de éxito como sociedades. Y si bien es cierto que en Occidente los éxitos de individuos aislados no son raros, la historia muestra que estos éxitos deben inscribirse en el activo de las familias vigilantes, atentas, empecinadas en acrecentar poco a poco su fortuna y su influencia, y con mucha paciencia, puesto que su ambición se inscribe dentro de la larga duración. Así, se habla de los méritos de las grandes familias, del linaje, de lo que se llama, con un término que se impuso tardíamente, historia de la burguesía, portadora del proceso capitalista, creadora y utilizadora de la jerarquía que será la espina dorsal del capitalismo, dado que para que éste asiente su fortuna y su poder debe apoyarse simultánea o sucesivamente en el comercio, la usura, el comercio con países lejanos, el oficio administrativo y la tierra.

La feudalidad es, en beneficio de las familias señoriales, una forma durable del reparto de la riqueza de la tierra. A lo largo de varios siglos la burguesía fue el parásito de esta clase privilegiada. Vivió cerca de ella y contra ella. Se aprovechó de sus errores, de su lujo, de su ociosidad, de su falta de previsión. Se apoderó de sus bienes gracias a la usura y, finalmente, se deslizó dentro de sus filas hasta confundirse. La burguesía ya se había mezclado con la nobleza cuando se inició la modernidad. En ese momento ya estaban listos otros burgueses que iban a emprender la misma lucha. El parasitismo burgués es, en suma, un parasitismo de larga duración, pues la burguesía nunca acaba de destruir a la clase dominante de la que se nutre. Y como muestra es suficiente un botón. Basta con remontar el linaje de los dirigentes de los países totalitarios de hoy para convencerse. Más allá de una oposición ideológica —a menudo formal— existe la cooperación económica entre el Este y el Oeste. Por supuesto que existen otras diferencias, que no podríamos llamar menores, pero también hay entendimiento, sobre todo cuando se trata de intercambios y de operaciones financieras.

Ocorre que tal vez pasamos actualmente por una especie de descentramiento. La economía, mundo que hasta hoy tuvo su polo en Nueva York, quizá se está desplazando hacia otro lado. Aunque Braudel no cree en esta hipótesis, no es del todo válido descartarla como una posible explicación de las luchas, de los enfrentamientos entre aliados y de la crisis económica actual. Ciertamente, el desplazamiento no se produciría de manera inmediata, pero hay signos que parecen anunciarlo. También puede ocurrir que no estemos al borde de un descentramiento, sino de un recentramiento que constituiría toda una novedad en el tiempo del mundo.